

Rodrigo Urquiola Flores

# EL SONIDO DE LA MURALLA



Grupo Editorial  
**Kipus**

  
**CASA** de la  
**CULTURA**



Obra Ganadora del Premio único del  
VIII Concurso Plurinacional de Novela  
"Marcelo Quiroga Santa Cruz"  
Gestión 2014

## 1. El grito de la hormiga

Cuarentaicuatro, cuarentaicinco, cuarentaiséis, cuarentaisiete, cuarentaiocho. Eran unas hormigas extrañas las que había en Santa Cruz de la Sierra; unas hormigas de espaldas anchas y grandes, parecían pequeñas piedrecillas cuadradas con patas; se movían veloces, desesperadas casi, la importantísima misión que debían llevar a cabo no podía esperar más. Cuarentainueve, cincuenta, cincuentauno, cincuentaídós.

La última de las hormigas, la número cincuentaídós, no continuaba la fila que hacían sus predecesoras, se detuvo poco antes de llegar a ese nido hecho de tierra colorada, dio un par de pasos dubitativos y pareció querer retroceder, ¿qué es lo que hace una hormiga cuando se detiene y parece que husmeara en el suelo?, ¿observa nuestras sombras moviéndose?, ¿huele algo que para nosotros pasa desapercibido?, ¿escucha lo que el suelo dice?, ¿presiente algún peligro cercano?, ¿escarba con sus minúsculas patas para esconder su cabeza y así salvarse de una posible muerte que se cierne, como una tormenta, sobre sí misma?

–No– dijo Papá– no.

El tío Claudio movía sus manos nervioso, de rato en rato las metía en los bolsillos de su pantalón y luego las sacaba. Respiraba agitado, pero disimulaba que no lo hacía. Su frente transpiraba y el sudor que descendía de sus sienes humedecía su camisa de color celeste con delgadas rayas blancas. El viento que arrastra un fino polvillo que no se puede ver, pero sí sentir, sacudía nuestros cabellos, nuestra ropa, nos refrescaba un poco del calor sofocante.

–No– volvió a decir Papá– no.

A veces, como esa vez, cuando estaba muy preocupado o no creía lo que uno le decía, se ponía a repetir muchas veces la misma palabra.

–No puedo creerlo, Claudio, no puedo creerlo.

Mamá me miraba sin mirarme, lo sé, varias veces antes vi sus ojos extraviados, en realidad escuchando lo que ambos hermanos estaban diciéndose, pero fingiendo vigilarme. Yo, mientras de reojo presenciaba todo lo que sucedía, ponía un cerco de piedras redondas alrededor de la hormiga cincuentaídós.

–No lo supe en su momento– dijo el tío Claudio–, no lo vi venir. Fue un accidente, me engañó, ese sucio Morales me estafó.

–Te precipitaste, te dije que esperaras a que yo llegara, te dije que no lo hicieras solo, te lo repetí tantas veces– dijo Papá y, aunque el tono de su voz parecía decir que él estaba tranquilo, nosotros, Mamá y yo, que lo conocíamos mejor que nadie, sabíamos que esto no podía quedar así.

El tío Claudio se rió incomprensiblemente, nadie pareció entender por qué lo hizo, pero lo hizo, ¿se trataba de una afrenta velada o era una risa imposible de controlar? Los ojos de Papá se abrieron, vi cómo su antebrazo se tensaba, la furia estaba a punto de rebalsar.

–Sólo es dinero– dijo el tío Claudio, sonriendo–, el dinero se recupera.

No lo vio venir. Papá le dio un puñetazo en la nariz y un par de gotas de la sangre del tío Claudio me mancharon la polera blanca que llevaba. El tío Claudio dejó de sonreír, sacó un pañuelo de alguno de sus bolsillos, se limpió la sangre de mala manera, nervioso, su rostro aún tenía una estela roja clara ensuciándolo, y arremetió contra Papá. Cuando dio el salto para llegar hasta él, me golpeó con su pie en el aire y estuve a punto de caer. Mamá me sostuvo.

–Cálmate, Claudio– decía tía Lucila– déjalo, no comprenderá –mientras intentaba sostener sus brazos que se movían torpemente, mientras intentaba agarrar alguna punta de sus prendas, mientras daba pequeños brincos alrededor de los que peleaban, mientras ella misma daba unos leves gritos.

Mamá me abrazaba y yo no podía dejar de observar a la hormiga cincuentaidós, que se había detenido sin la intención de moverse hacia ningún lugar en el centro del improvisado encierro que le había fabricado. Parecía estar excavando un pozo invisible –¿o era una trinchera?, ¿dónde y cuándo se desataría la guerra minúscula?– un pozo que quizás sólo otras hormigas como ella podrían observar.

Papá golpeó tres veces el rostro del tío Claudio y después supimos que ya no quería hacerlo más. La tía Lucila logró sofocar la rabia mal dirigida de su esposo, sin hacer mucho. Era la primera vez que veía pelear a Papá. Antes de eso había visto pelear a muchos otros adultos varones. A los padres de Antonio Melgar y de Margarita Blanco, por ejemplo, en la cancha de tierra de Cota Cota, después de un partido de fútbol. A los padres de Rubén Peña y Mariano Mamani, detrás de la iglesia de San Miguel, un día de carnaval. A muchos otros más, pero era la primera vez que veía pelear a Papá. Alguna vez antes, cuando el tío Claudio vivía con nosotros, lo vi pelear con el padre de Margarita Blanco y, como en esta ocasión, perdió, la sangre oscura salía de su nariz a borbotones y dejaba círculos irregulares sobre el asfalto. El tío Claudio siempre perdía, “nació con esa mala estrella”, decía Papá. Mala estrella.

Varias personas, al ver que un par de hombres estaba peleándose, fueron acercándose formando un círculo alrededor nuestro. Estábamos en la plaza 24 de Septiembre, uno de los lugares más concurridos de la ciudad; no estaba bien pelear allí, frente a la catedral, frente a los edificios, frente a los automóviles que pasaban, frente a tantas personas, colegiales y ancianos descansando a la sombra de los árboles. Es probable que haya lugares que sirvan solamente para pelear, a los que uno vaya cuando quiere que la rabia se escabulla de sus venas y se marche a través de su sudor, lugares cuyos límites no los haya definido nadie, pero que todos quienes tengan ganas de

pelear los conozcan. La plaza 24 de Septiembre, sin lugar a dudas, no es uno de esos lugares donde uno pueda sacarse el enojo sin que se te acerque alguien, después otro y otros más y luego un policía que sostiene, amenazante, una macana.

Vi la cabeza gacha del tío Claudio, su nariz sangraba profusamente y un brillo escarlata desparramado entre las piedrecillas reflejaba la luz desde el suelo. El policía se aproximó a Papá y le espetó:

—¿Qué está pasando aquí?

Papá lo observó como hace unos momentos estaba observando al tío Claudio y pensé que iba a golpear al policía, pero no.

—Somos hermanos— dijo Papá con la voz calma pero todavía respirando agitado, sus puños iban distendiéndose lentamente.

El policía pareció quedar muy confundido. No contestó de inmediato. Tal vez se quedó pensando que un par de hermanos que pelean a golpes y que sangran no es algo que se vea todos los días. Cuando estuvo a punto de decir algo, oímos la voz del tío Claudio que decía:

—Es mi hermano, señor, estamos solucionando un problema familiar.

No fui la única sorprendida con esta respuesta. El policía volvió a quedarse en silencio, no había crimen que resolver ni delito que castigar, era una simple pelea de hermanos. La sangre familiar les daba el derecho de golpearse hasta derramar en el suelo ese mismo líquido espeso que los unía.

—No peleen más— dijo el policía con la voz grave— si quieren matarse, háganlo, pero no aquí.

El policía nos dio la espalda y se fue a sentar a una de las banquetas de la plaza. Lo vi tomarse lentamente un somó helado cuando escuché la voz de mamá:

—Vámonos.



Papá sostenía el sobre manila que le había dado el tío Claudio, y que fuera el motivo de la pelea, con fuerza sobre su pecho, lo apretaba, su rabia no se había disipado del todo, quizás necesitaba dar un golpe más, sólo uno más.

La hormiga que había encerrado entre las piedras continuaba inmóvil. Acerqué mi mirada a ella, pensé que estaba muerta, tal vez achicharrada por el calor del mediodía. Agité un poco la tierra y volvió a moverse. Caminó, tambaleándose, buscando una salida, cualquier salida. Mamá se estaba despidiendo de tía Lucila cuando Papá ya estaba pasando la calle para tomar el bus que nos llevaría al alojamiento cercano a la terminal bimodal. Mamá y tía Lucila se dieron un cándido abrazo de despedida. Aplasté a la hormiga cincuentaídós con la punta de mi zapato, deshice su cadáver sobre la tierra rojiza y vi cómo sus congéneres, las antenas batiéndose presurosas, que hace rato la habían dejado olvidada en el encierro que le procuré, se aproximaban al lugar donde estaba su compañera descuartizada. ¿Escucharon el último grito de Cincuentaídós antes de morir bajo mi zapato?, ¿una hormiga puede gritar?, ¿gritan los animales antes de morir?

¿Cómo es el sonido del grito de una hormiga?

## 2. El billete falso

Subimos las gradas en silencio. Ninguno de nosotros tenía ganas de decir nada y nuestros pasos se hacían pesados, espesos como el mismo aire que respirábamos. Papá tenía el ceño fruncido y aún apretaba con fuerza contra su pecho el sobre manila que le había entregado el tío Claudio. Nos detuvimos frente a la puerta. Papá buscaba ese llavero grande de madera redonda que nos habían dado en la administración del alojamiento entre los bolsillos de su pantalón y no lo encontraba. Mamá suspiró de cansancio, el calor y la humedad la sofocaban, le era difícil acostumbrarse al clima tropical.

–No encuentro la llave– dijo Papá sin dejar de buscar.

Ahora Mamá pareció volver en sí, retornar al momento en el que estábamos, abrió los ojos y luego los cerró de inmediato, parpadeaba con esfuerzo, alcancé a ver una pequeña lágrima descender y desaparecer en su mejilla, tal vez deseaba estar en algún otro lugar o, por lo menos, en otras circunstancias.

–Yo la tengo– dijo.

Papá abrió la puerta y entramos a la habitación que nos correspondía, la 313. No me cuesta recordar cómo era aquella habitación porque, antes de nuestro viaje a Santa Cruz de la Sierra, nunca había visto otra igual. Lo único que me comunicaba alguna familiaridad eran los números dorados y sobresalientes que indicaban el número de nuestra pieza y la puerta de madera de color marrón. Me extrañaba que el suelo del cuarto donde dormíamos fuera de azulejos. La ventana que nos permitía ver la calle siempre ruidosa de comercio y de luces era enorme, nunca antes había visto una ventana igual, cuando la recorríamos para dejar que entrara el aire fresco, un mosquitero metálico impedía que viéramos con claridad las formas del suelo y lo que acontecía en su superficie. Del techo pendía un ventilador de largas astas que, cuando se lo prendía con un botón similar al que usábamos para encender los focos, hacía un estruendo continuo que asfixiaba nuestra tranquilidad mucho más que el calor que intentaba dispersar.

Apenas traspusimos el umbral de la entrada a esa habitación, Mamá, sin decirnos nada, entró en el cuarto de baño y se duchó con agua fría. Aquella ducha solamente dejaba salir agua fría, jamás agua caliente, como si ésta nunca fuera a ser necesaria.

Papá se sentó sobre la cama de dos plazas que compartía con Mamá y sacó los billetes del sobre manila. Los extendió sobre la cama y los fue separando de acuerdo a su valor. Había billetes de todos los cortes pero muchos más de diez

y veinte bolivianos. También había monedas, muy pocas; no pude contar cuántas eran, apenas las escuché tintinear. Su pulso temblaba, casi nunca lo había visto así, quizás aún tenía ganas de dar ese golpe más que no pudo darle a la cara del tío Claudio. Hacía un evidente esfuerzo por imprimir lentitud a sus movimientos pero lo único que conseguía era ese temblor. Me pareció advertir, incluso, que sus dientes se unían con fuerza, marcando su mandíbula sobre la superficie de su rostro.

–¿Está bien?– le dije –¿o fue Mamá quien lo dijo?, a veces me sucede que confundo su voz con la mía y la mía con la suya– y sus ojos enrojecidos súbitamente se posaron en mí. No respondió y yo tampoco pensaba insistir. Fingí distraerme con el sobre manila que los movimientos torpes de Papá hicieron caer al suelo.

–No– dijo luego de unos cuantos minutos en los que me dediqué a escuchar el sonido del televisor con el volumen bajo, el sonido de las gotas de la ducha cayendo sobre el cuerpo de Mamá y sobre los azulejos, el grito alegre de una mujer, algunas risas y el ruido de los automóviles que corrían en las avenidas afuera atravesando el mosquitero. –Ahora sí– dijo poco después –ahora sí, pero esto.

Lo vi apartar un billete tal vez excesivamente rojo de cien bolivianos. Se levantó de la cama y buscó dentro de la mochila en la que llevaba sus pertenencias, sacó una hoja de papel y un lápiz y volvió a recostarse en la misma posición. Volvió a contar los billetes, lentamente, fijándose bien en cada uno, observándolos a contraluz, oliéndolos. Anotaba números en una hoja de papel y volvía a revisar.

Mamá salió de la ducha en ropa interior y se sentó en la silla que estaba bajo el televisor acomodado en una esquina alta con sostenes de metal. Se secaba el cabello con la toalla de color gris que llevamos desde La Paz.



–Mira esto– le dijo Papá elevando la voz y sosteniendo en el aire ese billete de cien bolivianos que había apartado del resto. –Tócalo, huélelo.

Mamá tomó el billete con parsimonia, lo tocó, lo puso a contraluz tal como hizo Papá con todos los demás billetes y lo olió.

–Tiene un olor ácido– dijo–. Toronja. Cáscara de toronja. Papá forzó una sonrisa.

–Esto– le dijo a Mamá mirándome de reojo, como si quisiera asegurarse de que yo también estaba escuchándolo –esto es un billete falso. Aparte de estafarme, Claudio quiso robarme esto, estos cien bolivianos. Pero ahora mismo le demostraré que no puede hacerlo.

Mamáladeó la cabeza como si estuviera confundida, parecía que solamente le preocupara secar su cabello. Yo quise decir que no, que el tío Claudio no podía robar aparte de estafar, porque en la estafa estaba implícito el robo, pero decidí mejor no decir nada, no quería contradecir lo que probablemente había querido decir Papá, que en el fondo él, nosotros, habíamos sufrido un robo doble.

Observé el sobre manila con detenimiento. Tenía manchas del sudor empolvado de las palmas de las manos de Papá y estaba arrugado, oscuro, sucio. Papá me lo quitó de las manos bruscamente y guardó velozmente los billetes que había contado. Puso el sobre en su mochila y le dijo a Mamá:

–Tres mil quinientos noventa y tres bolivianos con setenta centavos.

Mamá asintió. Papá entró al cuarto de baño y abrió el grifo, pude ver que se mojaba la cara disfrutando del agua fría frente al espejo, exhalando su angustia y descansando de ese calor húmedo del que no podíamos deshacernos, viendo su propio reflejo, tal vez la forma que iba adoptando su mirada, quizás afinándola como un músico afina un instrumento

musical, domándola, asegurándose de que dijera –sin decir nada– exactamente lo que los furibundos latidos de sus venas estaban diciéndole a sus nervios.

–Espérenme– nos dijo, como si existiera la posibilidad de que fuéramos a irnos a otro lugar en su ausencia y abandonarlo–. Voy a matar a Claudio– y lo dijo con una calma que me aterró, no esperaba ese contraste entre lo que decía y el tono de su voz, pensé que aquello era una evidencia de ese tipo furia que no sabe perdonar, esa furia de la resignación, de lo inevitable, esa furia que no se puede detener porque es implacable y se desborda como una inundación, como una tormenta inevitable sobre la pequeñísima cabeza de una hormiga que no sabe lo que le espera.

Dio un par de pasos largos y fuertes, abrió la puerta, salió y la cerró de un tirón. El ruido de la puerta contra sus soportes me asustó, hizo que saliera de mi ensimismamiento de un salto, pensé en el disparo de una pistola.

El eco del ruido dando vueltas en la habitación finalmente se dispersó y sobrevino un tenue silencio, solamente acallado por los habituales sonidos que nos invadían del exterior.

Mamá se paró y se puso, con lentitud, como si quisiera que ese momento no acabara nunca, ese ligero vestido floreado que Papá le había regalado en una parada de la carretera hacia Oruro, el día que partimos de viaje.

### 3. “No”

Mamá compró un par de helados de agua mientras esperábamos a Papá en la puerta de la terminal de buses bimodal. Yo llevaba sobre mis espaldas el dinero que el tío Claudio nos había dado. Mamá tenía miedo de que algún ladrón nos pudiera arrebatar ese sobre manila y, por eso mismo, prefirió que fuera yo quien lo tuviera.

–Nadie sospecharía de ti– me dijo.

Hacía mucho calor. El helado me mojaba los dedos y los llenaba de azúcar, el viento secaba la humedad rápidamente y, al final, sólo quedaba un pequeño y meloso brillo adornando mi mano. Recuerdo que me inquietaba la fuerza voraz de ese viento. Era un viento cálido, veloz y polvoriento. Cuando volaba sobre nosotras agitaba nuestros cabellos, nos despeinaba; podíamos sentirlo sobre nuestra piel gracias a lo que arrastraba consigo, a veces dolía. Las ramas y las hojas de los árboles se inclinaban para dejarlo pasar. Era como si todos los movimientos que se hicieran dentro del espacio de suelo que ocupa esa ciudad estuvieran determinados por la voluntad del viento. Una voluntad aparentemente irracional y azarosa, ebria de fugaces destellos hechos de polvo. Movimientos. Territorio. El viento era como la sangre.

Vimos a Papá llegar a la esquina que vigilábamos por la calle que ocultaba a medias el edificio que era el alojamiento en el que dormimos todas las noches que nos quedamos en Santa Cruz de la Sierra. Estaba muy serio y no miraba a los costados, como si su mundo sólo fuera el camino que tenía enfrente y que recorría casi sin mirarlo. Sentí miedo. Miedo de su mirada fija en ese horizonte suyo en el que quizás nosotras no habíamos dejado de existir. Miedo porque su ceño fruncido me comunicaba un mensaje extraño que no era capaz de descifrar. ¿Qué sobreviene a la furia implacable?, ¿la rabia?, ¿o algo más débil?, ¿el enojo?, ¿una resignación forzada?, o, tal vez, en última instancia, ¿calma interior y tensión externa? Esa mirada dura me decía que algo trascendental había sucedido. Y lo imaginaba así: Papá sosteniendo con fuerza entre sus dedos, aprisionando el billete falso que el tío Claudio –pensábamos, aunque bien pudo no haber sido así– puso intencionalmente en el sobre manila, confundiéndolo con los demás billetes. En mi imaginación estaba latente esta figura, que se repetía

incesante, como cuando viene el mareo súbito y de repente todo da vueltas, vértigo: Papá saca el billete falso y lo muestra al tío Claudio, él no sabe qué responderle y balbucea, Papá se cansa de tener que intentar comprender las explicaciones que le da su hermano y lo mata. Lo mata. Pero ¿cómo?, ¿cómo se mata a alguien?, ¿cómo haría Papá, mi padre, para matar a su propio hermano? En las películas vi muertes pero nunca pude creer en ellas; me asustaba al verlas pero, a pesar del mismo susto, nunca me parecieron reales. Tampoco las muertes de los noticieros de la televisión, simplemente son muy lejanas, como si sucedieran en un mundo muy alejado del nuestro. Ni qué decir de los noticieros de las radios, las muertes que se escuchan tampoco me parecían creíbles. O las muertes que aparecen en los periódicos, parecen la invención de un redactor cruel. Logran entristecerte, pero luego el ruido de la ciudad o de la vida continua se encarga de disipar cualquier atisbo de dolor que –artificial o no, forzado o no– pueda surgir. No es permanente. Quizás las únicas muertes reales, creíbles, permanentes –por lo menos en la memoria– a las que podamos acceder alguna vez, sean las que suceden frente a nosotros o las que les suceden a las personas con quienes convivimos por mucho tiempo o con quienes tenemos bastantes recuerdos. Entonces no sabremos qué hacer. ¿Qué podía hacer yo con Papá?, ¿cómo podía afrontar su mirada, oír su voz, sentirlo cerca, escuchar su respiración? Era la muerte la que caminaba hacia nosotras, la muerte que se había montado en las cejas y en las pestañas de Papá y que se había apropiado de su manera de mirar.

No nos dijo nada cuando finalmente llegó hasta nosotras. Me arrebató con torpeza la mochila en la que estaba el sobre manila lleno de dinero y la acomodó sobre su espalda. Tomó con fuerza mi mano y atravesamos la pequeña callejuela que nos conduciría al bus que nos llevaría de retorno. Sentí un

aroma ácido, muy parecido al fuerte olor que emanaba del billete falso de cien bolivianos: era el sudor de Papá.

Buscamos algún bus que partiera a Cochabamba, haríamos un trasbordo para llegar a La Paz, así nos saldría más barato. Papá se acercaba a las ventanillas y preguntaba cuánto costaba el pasaje y a qué hora saldría el bus correspondiente. Mamá y yo nos sentamos en una banqueta, frente a un amplio ventanal que nos permitía ver el tren que se ponía en movimiento para partir.

–¿Adónde va ese tren, Mamá?– le pregunté.

–No sé– dijo ella y luego de un par de minutos, cuando pensé que ya se había olvidado de mi pregunta, continuó–: a la frontera tal vez, a Brasil y de ahí quién sabe, a Sao Paulo, a las playas, al mar celeste.

–Un viaje largo– le dije, con palabras más suyas que mías, pero ella ya no me escuchaba.

Papá se acercó precipitadamente a nosotras y nos dirigió la palabra por primera vez desde que volvió:

–Corran– dijo.

Corrimos siguiéndolo. Él llevaba todos los bultos, nosotras sólo teníamos que ocuparnos de no perderle el rastro. Subimos a un bus que se había detenido sólo para esperarnos. Leí inscrito *Trans Guayará* en enormes letras verdes a un costado metálico del gigante que nos llevaría por la carretera.

El bus estaba repleto pero había tres asientos al fondo, al final del pasillo, esperando por nosotros. Nos acomodamos con dificultad y Papá respiró profundo. Exhaló y sentí el calor de su aliento sobre la piel de mis brazos. Me estremecí, pensaba que ese mismo aliento, probablemente, respiraba agitado sobre el cadáver del tío Claudio después de que las manos de Papá lo hubieran asesinado. Ése era el mismo aliento que sus pulmones echaban fuera, un recordatorio permanente de su crimen. El bus empezó a andar y, luego de recorrer unas diez

cuadras, las conté bien, volvió a detenerse. Subieron un par de vendedoras ofreciendo comida, bebidas y diversas revistas y periódicos para leer. Papá compró una botella de Coca Cola y la edición de *El comercio* del día. Empezó a leer la sección deportiva. Sonrió, seguramente el Bolívar había ganado otro campeonato o vio alguna caricatura cómica. Esa sonrisa me alivió un poco, mis brazos se distendieron y bebí un poco de la gaseosa.

Mamá bajó sus párpados y suspiró, no sé si en verdad se había quedado dormida o si solamente fingía haberlo hecho.

–Papá– le dije.

–¿Hija?– me preguntó él.

–Papá– repetí, no sabía muy bien cómo continuar, pero hice lo mejor que pude –¿mataste al tío Claudio?

Papá sonrió, metió sus dedos en el bolsillo del pantalón, sacó las llaves de la puerta de nuestra casa, buscó más adentro, atrapó lo que quería en un puño, lo abrió ante mí, me mostró el billete falso de cien bolivianos arrugándolo un poco y, sin quitar esa sonrisa de su rostro, me contestó:

–No.

#### 4. En el bus

Mientras Mamá y Papá dormían, yo, en medio de ambos, vigilaba el transcurrir de la carretera con los ojos entrecerrados, también a punto de quedarme dormida. El calor, dentro del bus y gracias a las ventanas abiertas que dejaban entrar un aire espeso pero fresco, no sofocaba tanto como cuando, al inicio, lo hacía cuando caminábamos por las calles de Santa Cruz de la Sierra.

En determinado momento del camino, el bus detuvo su marcha. Los metales producían un chirrido que, poco a poco, disminuía en intensidad. Subió un hombre calvo, grande y musculoso que sostenía una lata de cerveza. A la mano que



sostenía esa lata le faltaba un par de dedos. Los muñones ejercían una extraña presión sobre la lata, una presión fuerte pero inevitablemente a medias. Se sentó en el último asiento desocupado –probablemente reservado para él desde hace varios kilómetros, tal vez desde que partimos– y su voz grave empezó a reír. Hablaba en voz alta para sí, contándose anécdotas que no pude comprender de qué iban. Papá despertó y me pareció verlo ponerse a buscar algo en el bolsillón respaldar del asiento delantero.

Las llantas volvieron a girar sobre el asfalto hirviente y me quedé dormida. No recuerdo bien si soñé o recordé –¿se puede hacer ambas cosas al mismo tiempo?– el momento en el que llegamos a esta ciudad. Cruzábamos el pasillo estrecho del bus que nos había traído de Cochabamba, con cierta dificultad. Papá bajó primero, dejó los bultos en el suelo y luego nos ayudó a saltar ese escalón metálico que nos separaba del suelo. Esperamos un breve momento, Mamá extendió los brazos, bostezó, y Papá se desabotonó la camisa. El bus retrocedió y se fue. Empezamos a caminar. Dentro de mi sueño –¿o recuerdo?– ya llegábamos a la puerta de salida de la terminal bimodal cuando me despertó, devolviéndome a la penumbrosa realidad del bus, la estridencia de un grito que no pude comprender. Un par de asientos más adelante, un hombre estaba gritándole a una mujer, quien, probablemente, era esposa suya. Al principio me costó reconocer lo que decían los gritos, era como si las palabras se le hubiesen derretido sobre la lengua y se le hubiesen atascado entre los dientes. Como si hablara en algún otro idioma, el idioma de un país lejano.

–Cálmate, por favor– decía ella –discúlpame.

–¡Carajo!– contestaba el hombre–. ¡Mierda!

Más tarde y gracias al inevitable murmullo de los pasajeros testigos del suceso, me enteraría de que la mujer,

accidentalmente, le había echado un vaso de jugo de maracuyá en los pantalones.

—¡Inútil!— volvió a decir él. El resto de las personas lo observaba de reojo y algunos se animaban a increparlo sin elevar mucho el tono de la voz. —Cállense— gritaba él—, es mi mujer.

Mamá abrió los ojos por un par de segundos y luego volvió a cerrarlos como si alrededor de ella no estuviera sucediendo nada anormal, como si los gritos fueran algo más que podría —o debería— estar presente en cualquier viaje, inevitable como el peso de las horas que se suceden lentamente una tras otra. Todos los viajes están hechos de tiempo, es su materia prima.

Papá se reclinó y acomodó los brazos sobre el apoyo delantero de metal. Me pareció que estaba disponiéndose a ser testigo de algo que, indudablemente, sucedería frente a nuestros ojos. Así era él a veces, podía adelantarse a ciertas cosas que, como decía él, “terminan dándose naturalmente”.

El hombre no dejaba de gritarle a la mujer, parecía que su rabia no iría a detenerse con facilidad. En el momento preciso en el que me preguntaba si alguna vez alguien, un varón, me gritaría de esa manera, pues hay cosas que “terminan dándose naturalmente” y no sabía responderme porque hasta entonces nunca me había imaginado al lado de un hombre, vi que el hombre calvo al que, no sé por qué en ese instante se me ocurrió que debía llamarse Holofernes —tal como la pesadilla que me perseguía: quizás solamente necesitaba recordarla, tenerla presente como una compañera insoslayable— se ponía de pie y, sin soltar la lata de cerveza que acababa de abrir, balanceándose en el pasillo pero avanzando a paso si no decidido por lo menos fuerte, llegaba hasta la fuente de los gritos. Pude ver que las dos manos de Holofernes tenían dedos ausentes, les faltaban cuatro mitades.

¿Cómo había perdido este Holofernes terrenal esos dedos?, ¿alguien se los había arrancado o se los había arrancado él

mismo?, ¿tendrá alguna persona la suficiente fuerza, o valor, para arrancarse un pedazo de sí mismo?, ¿fue un accidente?, ¿nació así?, ¿los perdió en el vientre de su madre?, ¿cómo era el rostro de su madre?, ¿aún tenía esas cuatro mitades de los dedos de su hijo flotando en algún lugar de su cuerpo?

Holofernes sonrió. El hombre que gritaba a su mujer y a quien no quise ponerle ningún nombre se calló repentinamente. Los ojos de Holofernes se abrieron con furia, estaban enrojecidos y las pequeñas venas se notaban como ríos sobre el pequeño blanco amarillento que todavía permanecía en esa mirada. Carcajeó fuerte, casi estridente. El resto de los pasajeros guardó silencio. El ayudante del bus abrió la puerta que separaba el cubículo del conductor con el espacio reservado a los viajeros y, al ver que Holofernes estaba de pie, volvió a cerrarla veloz. Una de las manos apretó el cuello de aquel hombre con el mismo gesto con el que sostenían la lata de cerveza. La mano libre de Holofernes llevó la lata de cerveza de la que nunca se apartaba primero a su boca, bebió, y luego, con cierta parsimonia, como si estuviera cumpliendo con las estrictas reglas de un ritual, dejó caer ese líquido amarillento y espumoso sobre la cabeza del hombre. Pude ver que la mujer se apoyaba sobre la ventana, probablemente cerraba los ojos y rogaba para que ese bochornoso momento pasara rápido o quizás su miedo se incrementaba debido a una amplia posibilidad de reprimendas futuras, tal vez incluso golpes. Una vez que la lata vació todo su contenido sobre los cabellos y la ropa de ese hombre, Holofernes hizo fuerza y la apretó, arrugándola, reduciéndola a un pedazo informe y la aventó, sin dejar de lado su expresión de desprecio, hacia su contrincante inmóvil. Volvió a carcajearse y retornó a su asiento. Vi que había otra lata de cerveza y escuché que la letra de una canción desconocida salía arrítmicamente de sus labios secos.

Papá bebió un sorbo de la Coca Cola y volvió a recostarse. ¿Alguna vez él haría lo mismo que había hecho esa imitación de Holofernes?, ¿podía yo, como hija, comparar la fuerza de ambos hombres?, ¿podía dudar de la capacidad de Papá para protegernos de algo que no sabíamos qué podría ser, de lo incierto?

## 5. Agua verde

Cuando descendimos del bus para almorzar, nos recibió el calor más espeso que haya sentido jamás. Vi las ondulaciones que formaban los montes cubiertos de un verde increíble como si los estuviera viendo por primera vez a pesar de que antes de ese momento, cuando recién llegábamos a Santa Cruz de la Sierra, pude adivinar esas mismas formas en la noche y sentir un calor reducido pero similar. Puse mis pies sobre el asfalto ardiente de la carretera y temía que mis zapatos fueran a derretirse al roce. A lo lejos, desde el puente de dos carriles que ahora cruzábamos, la presencia de un río de aguas cristalinas, que descendía las alturas verdes, provocaba un sonido acogedor. No había viento en ése lugar, no había sangre polvorienta. Caminábamos sobre un cuerpo muerto que, en lugar de enfriarse y encogerse, se calentaba y crecía.

Mamá se tropezó en la entrada al restaurante y, para no caerse, se sostuvo del hombro de Papá, que se tambaleó y estuvo a punto de hacer caer la bandeja de algún mozo que se dirigía a una mesa cercana. Pidieron disculpas y, una vez que el mozo se hubo marchado, Mamá se puso a reír como hace bastante tiempo no lo hacía. Papá también se rió de lo que acababa de suceder y se besaron. Miré a otro lugar, fingí buscar otro río que descendía lo verde del monte, llegué hasta el cielo y sus nubes redondas y diáfanas con la mirada. No es que no me gustara que mis padres se besaran, pero tampoco es algo –cuando niña– que hubiera querido ver. Me cuesta entender por qué incluso ahora que

soy mayor y soy capaz de comprender cosas que antes –en esa extraña época que me tocó vivir– me parecían extrañas. Rozar los labios de otra persona, a veces quedarse ahí, permanecer, como el calor sin viento, como detener la respiración y morir por un par de segundos, abrir los labios frente a los labios de otro ser, ¿qué hay ahí adentro aparte de la humedad?, ¿un misterio que se manifiesta en algún lenguaje desconocido y que se comunica de distinta manera con cada quién? En el preciso momento en el que los labios de mis padres se separaron, supe que el tío Claudio había muerto. No de una muerte triste y definitiva –pues aún no estaba completamente segura de eso–, pero sí de una muerte presencial, quizás alegre incluso. De esas muertes que alivian. Papá abrazaba a Mamá mientras continuábamos caminando. Por unos instantes creí que el tío Claudio, después de ese beso, solamente permanecería vivo en el laberinto de mi memoria.

Nos sentamos en una de las mesas del rincón y Papá ordenó tres almuerzos. En medio del restaurante había un televisor colgado del techo. Daba un noticiero; oímos que hubo un derrumbe en alguna zona periférica de La Paz, algunos muertos lejanos, alguien que llora. Preferí no ver. Algunas veces simplemente no me daban ganas de compartir tristezas ajenas. Supongo que era una niña “singular”, como alguna vez que vivió con nosotros me dijo el tío Claudio, aunque, pensándolo bien, es muy probable que no, que haya estado equivocado y en realidad yo fuera una niña de lo más común. No me corresponde a mí juzgarlo, jamás tuve la oportunidad de ser otra niña al tiempo que era la que siempre fui.

–Cada vez se caen más casas– le dijo Papá a Mamá mientras partía la marraqueta, la sostenía en una mano y con la otra tomaba la sopa.

Mamá asintió y le contestó:

–Lo que pasa es que no siempre se construye donde se debería construir. Uno debe saber dónde está poniendo su casa.

Escuchamos la bocina del bus y Papá llamó al mozo.

–Deme los tres segundos para llevar, por favor– le dijo.

Al poco rato, volvió el mozo con tres bolsas en las que estaban nuestros segundos y Papá le pagó. Corrimos hacia el bus que emprendía movimiento. Nos vieron y sonaron las bocinas con insistencia. Subimos los escalones muy agotados. Atravesamos con dificultad el estrecho pasillo del bus, saltamos sobre un bulto. Pude ver que la imitación de Holofernes estaba dormida, recuerdo que me pregunté si alguien que había perdido cuatro dedos –o que quizás conoció la luz de este mundo sin ellos– era capaz de soñar y recuerdo que no supe qué responderme. Nos sentamos, el bus avanzó un poco, apenas un par de minutos de recorrido, luego volvió a detenerse, y vi, subiéndome al regazo de Papá, a través de la ventana, una hilera de muchos automóviles que avanzaban lentamente. El bus volvió a marchar adoptando la velocidad de los vehículos que estaban delante nuestro, esparcidos en orden sobre la carretera.

Sobre la marcha, entraron varios vendedores a ofrecer sus mercancías en voz alta. Vi que la imitación de Holofernes, despabilándose y luego tomando un sorbo de su lata de cerveza, llamaba a una de las vendedoras de chicharrón.

Una vendedora de refrescos se acercó a ofrecernos agua.

–¿A cuánto está?– le preguntó Mamá.

–Diez bolivianos– contestó ella, con firmeza.

En La Paz, la misma botella de agua costaba cinco bolivianos. Papá meneó la cabeza negativamente. Mamá estaba a punto de decirle que se marchara, que no compraríamos el agua, cuando Papá dijo:

–¿Tiene cambio de cien bolivianos?

Era el billete falso que encontró dentro del sobre manila que nos había dado el tío Claudio. Sentí el olor ácido, a limón y



toronjas, que llevaba consigo ese pedazo de papel rojo. Escuché su sonido a papel corriente.

–Sí– contestó la vendedora– hay.

Le alcanzó la botella de agua a Mamá y tomó el billete que le extendía Papá. Lo revisó a contraluz y lo aprobó sin mayores aspavientos. Lo guardó en alguno de los anchos bolsillos de su vestido y contó noventa bolivianos. Nos dio la espalda y se fue a paso rápido, como si de repente hubiera recordado que debía salir del bus pronto. La vi bajar de un salto, hábil, a un costado de la carretera.

–¿Por qué lo hiciste?– le recriminó Mamá a Papá.

–¿Por qué no hacerlo?– preguntó él extrañado y luego justificándose y señalando al suelo donde Mamá había puesto la botella de agua entre sus piernas: –esta misma botella, en La Paz, cuesta cinco bolivianos.

A veces, Papá y yo pensábamos –o recordábamos, ¿o soñábamos?– igual.

–No estamos en La Paz– dijo Mamá.

–No por eso vamos a dejar que nos roben– dijo Papá. –Además– continuó, como si estuviera recordando algo importante –esto también es Bolivia.

–¿Impedirás que nos roben, robando?– preguntó Mamá. –La niña está observando cada uno de tus movimientos.

Papá bostezó y extendió los brazos estirándose. Probablemente el calor era lo que fatigaba sus movimientos.

–Invítame un sorbo de agua– dijo y Mamá le alcanzó la botella plástica.

Papá giró la tapa de la botella y cerró los ojos para beber un sorbo largo, pausado. Vi, a través de la piel de sus mejillas, su lengua saboreando el líquido. Me pasó la botella y yo también cerré los ojos, sentía mucha curiosidad por ver aquello que Papá también veía cuando cerraba los ojos; sentí el agua helada como un río que choca contra mis dientes y su descenso

*El sonido de la muralla* narra, desde la voz y perspectiva de una niña vieja o –como más adelante podrá ver el lector– una vieja niña, la historia de una familia que, al retornar de un viaje, descubre que ha perdido su casa a manos de unos invasores desconocidos.

Nada pueden hacer ellos contra estos invasores aparte de esperar. Esperar a que se abra la puerta. Esperar a que el mundo en el que han vivido hasta entonces y que, de manera aparentemente inexplicable, los ha olvidado vuelva a admitirlos en su seno. Esperar por una explicación. Esperar hasta que el sentido del tiempo en que se han acostumbrado a vivir vaya diluyéndose.

Si bien ésta es una novela sobre la espera, es también una novela sobre la memoria, la memoria como ente independiente al dueño de los recuerdos, la memoria como un espacio donde todo puede suceder, la memoria como un sueño que uno puede dirigir, la memoria como un lugar al que se nos ha prohibido el acceso por alguna razón que podría parecernos inexplicable.

Y al final sólo prevalece el silencio.

ISBN: 978-99974-42-84-0



9 789997 442840